

ONETTI

FRENTE AL ESPEJO

Jaime Gallegos

Es posible que un autor verdadero no logre crear nunca, en el curso de su vida, más que una sola obra (esto podría aplicarse no sólo a los escritores, sino a los artistas en general), y que, sus diferentes partes —libros, cuadros, partituras, etcétera—, sean solamente aproximaciones más o menos afortunadas, intentos más o menos válidos para aprehender aquella realidad absoluta, totalizante, pero escurridiza, de la obra única y siempre inacabada. Si esto es cierto para otros creadores, en el caso de Onetti llega a la evidencia.

Quizá el nombre de Juan Carlos Onetti (uruguayo nacido en 1909) no haya alcanzado la fama y renombre de otros escritores contemporáneos e, incluso, más jóvenes que él; sin embargo, es indudable que, actualmente, es uno de los más importantes novelistas del llamado “boom” latinoamericano, y que, en mayor o menor medida, ha influido en muchos de ellos.

Como sería difícil precisar cuáles obras de Onetti son las más representativas, o, las que mejor lo definen, hemos optado, para esta rápida inmersión en su laberíntico mundo alucinante, tomar como puntos de referencia a cuatro de ellas —su novela corta *El pozo* (1939), y las novelas de su madurez creadora: *La vida breve* (1950), *El astillero* (1961) y *Juntacadáveres* (1965)— que, en nuestra opinión, resumen las características más notables de este autor tan ambiguo y multiforme, e ilustran su evolución creadora.

Ya en su primera novela *El pozo* que, según Vargas Llosa, fija la fecha del nacimiento de la novela latinoamericana, Onetti nos daba un claro anticipo de la atmósfera y personajes que serían constantes en el curso de toda su obra. La afirmación de Linacero, su principal protagonista, ya al final de la novela, será definitiva y servirá de base en la construcción de la mayor parte de los personajes onettianos: “Yo soy un hombre solitario que fuma en un sitio cualquiera de la ciudad; la noche me rodea, se cumple como un rito, gradualmente, y YO NADA TENGO QUE VER CON ELLA.”¹

Bien miradas las cosas y guardando la distancia cronológica correspondiente, ¿qué diferencia subjetiva existe, por ejemplo, entre el Linacero de *El pozo*, el Brausen de *La vida breve* y su desplazamiento Díaz Grey, o, el Larsen de *Juntacadáveres* y *El astillero*? Yo diría que ninguna; salvo, claro está, la lógica evolución de ese agudo ojo observador, implacable, corrosivo; de ese riguroso buceador de ambientes sórdidos, de climas agobiantes y deprimentes, de soledades incommunicables (“íslulas de monólogos sin eco”, diría Gorostiza); pero impotente para confundirse con ellos, incapaz de establecer el tenue vínculo entre la propia existencia y la vida, siempre más allá, transcurriendo indiferente, ajena, lejana, inapresable. Y es que el hombre en Onetti es un eterno condenado a la fatalidad y a su destino; porque: “sólo cumplimos nuestro destino en lo que tiene de inmodificable, en lo que no nos representa, en lo que puede ser cumplido por cualquier otro”.²

¹ Onetti, Juan Carlos, *Novelas cortas completas*, Monte Avila Editores, C. A., Caracas, 1968, p. 36.

² Onetti, J. Carlos, *La vida breve*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 2ª ed., 1968, p. 251.

La mayoría de los personajes de Onetti —por no decir todos— son Onetti mismo, o sus reflejos inmediatos; personificaciones de etapas espirituales sucesivas o simultáneas en su biografía anímica. Es en los personajes de sus libros, más que en su vida externa, donde podemos llegar a conocerlo y conocer su visión del mundo y de la vida, ¿y cuál es esta vida y este mundo? Un mundo, contra todas las apariencias, profundamente humano, latinoamericanamente concreto —Santa María, la ciudad mística creada por Onetti, bien pudiera ser Montevideo, México, o Buenos Aires—, y universalmente válido; donde no existen folklorismos inútiles, planteamientos maniqueos, ni soluciones edificantes. En este mundo gris y nebuloso de Onetti —generalmente Santa María— se arrastran seres, casi siempre los mismos (Díaz Grey, Brausen, Jorge Malabia, Larsen, etcétera) acabados, prostituidos, cínicos, pesimistas, solitarios; espectadores de su destino e impotentes para modificarlo voluntariamente. Toda la filosofía de Onetti y su actitud ante la vida —a través de sus personajes— se concreta en el siguiente pensamiento de Brausen: “Toda la ciencia de vivir. . . está en la sencilla blandura de acomodarse a los huecos de los sucesos que no hemos provocado con nuestra voluntad, no forzar nada, ser, simplemente, cada minuto.

Abandonarse como a una corriente, como a un sueño.”³

Pero esos mismos seres —conciencia crítica de Onetti— amargados, llenos de rencor o de remordimiento e incapaces de comunicación ante la absurdidad del mundo, son lo suficientemente lúcidos (cada uno en su contexto) para evadir, en alguna forma, esta absurdidad sin nombre. Brausen se salva de sí mismo, de su mediocridad, de su desamor hacia la Gertrudis mutilada, inventando a Díaz Grey y a Santa María. Este capítulo de *La vida breve*, se llama precisamente: “La salvación”: “Pero yo tenía entera —dice Brausen—, para salvarme, esta noche de sábado; estaría salvado si empezaba a escribir el argumento para Stein, si terminaba dos páginas, o una, siquiera, si lograba que la mujer entrara en el consultorio de Díaz Grey.”⁴ Díaz Grey se salva siguiendo a Elena Sala por la sierra en busca de su amante. Gertrudis se salva refugiándose en su pasado, en la Gertrudis joven y completa, en la casa materna, en la niñez, casi en el útero materno. Arce se salva matando a la Queca (y haciéndole el amor); nada importa que en el último momento otro haya empuñado el arma, él lo planeó y realizó, el crimen le pertenece. Julita —en *Juntacadáveres*—, se salva inventando su locura y un hijo en la barriga: “Ella —piensa Jorge Malabia— eligió estar loca para seguir viviendo y esta locura exige que yo no viva.”⁵

Otra de las constantes de los personajes de Onetti —aparte de su vocación de fracaso, su imposibilidad de comunicación, su fin sentido de la existencia— es una enfermiza nostalgia por el pasado, por la juventud, por la adolescencia perdida, por la pureza irrecuperable. Desde *El pozo*, para Onetti “la gente absurda y maravillosa no abunda; y las que lo son, es por poco tiempo, EN LA PRIMERA JUVENTUD. Después comienzan a aceptar y se pierden”.⁶ No es accidental, pues, que la mayoría de sus protagonistas, sean hombres maduros —Linacero, Brausen y Díaz Grey tienen 40 años, Larsen, 50—; con un pie en la sepultura y un obsesivo miedo a la muerte; hombres que empezaron a aceptar y se perdieron inevitablemente. Y es que para Onetti abandonar la adolescencia para sumergirse en el mundo normal de los adultos, equivale al verdadero pecado, a equivocarse el camino, a la pérdida irremediable, al compromiso con la soledad y la desesperación. Esto nunca es tan claro como en *Juntacadáveres*; dice Jorge (Onetti adolescente): “No me impresionaba por muerta; la había visto así muchas veces. ME DISGUSTABA SU VEJEZ REPENTINA Y CRECIENTE, el impudor de su cara ofrecida que, LUEGO DE REBOTAR EN LA INFANCIA, PROGRESABA ACELERADA HACIA LA INMUNDICIA DE LA SENECTUD, LA DESTRUCCION.”⁷ Y luego, cuando la novela termina: “Sólo ella —se refiere nuevamente a Julita— podía ver cómo me alejaba, sin remedio, HACIA UN MUNDO NORMAL Y ASTUTO, CUYA BABA NUNCA SE ACERCO A NOSOTROS. Julita y yo, desde ahora yo solo, soportándola, por fin honradamente, de veras.”⁸ Sin embargo, si Onetti abo-

³ Onetti, J. Carlos, *La vida breve*, Ed. cit., p. 229.

⁴ Onetti, J. Carlos, *La vida breve*, ed. cit., p. 32.

⁵ Onetti, J. Carlos, *Juntacadáveres*, editorial Alfa, Montevideo, 3ª ed., 1968, p. 34.

⁶ Onetti, J. Carlos, *Novelas cortas completas*, ed. cit., pp. 22-23.

⁷ Onetti, J. Carlos, *Juntacadáveres*, ed. cit., p. 257.

⁸ Onetti, J. Carlos, *Juntacadáveres*, ed. cit., p. 258.

mina de la vejez por lo que tiene de canallesca, de cobardía, de muerte, lo hace sin mucho apasionamiento, sin tomar partido, como que sabe que: "cada posición rebelde tiene también sus artículos de fe, sus prejuicios, su burguesía."⁹ Sabe que Jorge (igual que todos los demás hombres), están condenados desde el comienzo a su autodestrucción, a su derrota.

Pero si todos los personajes son Onetti, o cada uno de ellos es reflejo de Onetti en alguna forma, sería demasiado simplista afirmar que él es la suma de todos ellos. En Onetti todo es más complicado. Ni siquiera podemos afirmar que sus personajes arquetípicos (arquetípicos dentro del mundo onettiano, por supuesto) sean siempre ellos mismos y sus características permanezcan inmutables de acuerdo con un supuesto esquema. Onetti, que tanto gusta de confundirse con sus personajes, habla indistintamente por cualquiera de ellos en una misma obra. Se podría decir que ciertas etapas de la madurez de Onetti las personifican, Brausen, Juntacadáveres y Díaz Grey, y su adolescencia, Jorge Malabia; pero esto sólo es parcialmente cierto; Díaz Grey, por ejemplo, a veces es Onetti, pero, a veces, solamente es Díaz Grey y, todavía, me atrevo a decir que, en ocasiones, sólo es una presencia impersonal, que registra indiferente, sin intervención (como un ojo cinematográfico), los hechos que suceden ante sus ojos.

En *Juntacadáveres*, a manera de contrapunto, Onetti enlaza dos historias simultáneas que se entrecruzan y complementan: la del amor infantil y enfermizo entre Jorge y su cuñada Julita y la del prostíbulo que Larsen instala en Santa María. Es interesante observar aquí, cómo, a pesar de la distancia cronológica que los separa, hay ciertas coincidencias que identifican a Jorge, a Juntacadáveres y a Díaz Grey: su soledad, su melancolía, la conciencia de saberse distintos a los demás; pues Onetti, en su presente absoluto, mezcla vivencias de diferentes etapas de su vida y les presta su voz y habla a través de ellos como si el tiempo no existiera, o sólo existiera el presente: "Sólo quiero enterarla de que su existencia no es indispensable para la mía; DE QUE YO SOY YO, Jorge no ella ni su juego. YO SOY YO, este ser, este 'muchachito' de ellos, triste, DISTINTO."¹⁰ Por su parte Díaz Grey, piensa en el bar refiriéndose a Marcos: "se volvía para sonreírme, ODIANDOME PORQUE YO ERA DISTINTO y tenía el coraje de estar solo".¹¹ Y, para terminar, apunta Onetti —o Díaz Grey— sobre Larsen: "Nada más que eso y la debilidad, LA ANGUSTIA DE SABERSE DISTINTO DE LOS DEMAS."¹²

Pero, si con sus libros y personajes hemos de construir su biografía anímica, a la manera de un rompecabezas donde siempre nos faltan algunas piezas; por lo que conocemos, podemos decir que será una biografía inspirada por el asco, la desesperación y la impotencia; donde el masoquismo, el desprecio de sí mismo (y, por consiguiente, de todo lo humano) tendrán papeles importantes. Solamente que tanto odio a la vida resulta sospechoso ("Todo en la vida es mierda y ahora estamos ciegos en la noche, atentos y sin comprender", dice en *El pozo*); tanta capacidad de indignación nos hace vislumbrar, de vez en cuando, una débil esperanza. Todavía en *El astillero*, la visión de Onetti sobre la vida no es muy diferente a la del protagonista de *El pozo*, o a la de Brausen en *La vida breve*: "Lo único que queda para hacer es precisamente eso: cualquier cosa, hacer una cosa detrás de otra, sin interés, sin sentido, como si otro (o mejor otros, un amo para cada acto) le pagara a uno para hacerlas y uno se limitara a cumplir en la mejor forma posible, despreocupado del resultado final de lo que se hace. Una cosa y otra y otra cosa, ajenas, sin que importe que salgan bien o mal, sin que importe qué quieren decir."¹³

Es en *Juntacadáveres*, su última obra, donde, con todo lo sórdido que el título sugiere y la trama demuestra, se comienza a percibir una ligera compasión por ese desgraciado ser humano, siempre humillado y vencido. Larsen, que, como todos los personajes de Onetti, a medida que envejecen siente miedo y angustia por la proximidad de la muerte (tiene cincuenta años), es indudablemente el tipo más simpático de la novela; es, podríamos decir, un idealista, un optimista para la atmósfera onettiana; es un rebelde, un subversivo

⁹ Onetti, J. Carlos, *Juntacadáveres*, ed. cit., p. 103.

¹⁰ Onetti, J. Carlos, *Juntacadáveres*, ed. cit., p. 33.

¹¹ Onetti, J. Carlos, *Juntacadáveres*, ed. cit., p. 90.

¹² Onetti, J. Carlos, *Juntacadáveres*, ed. cit., p. 120.

¹³ Onetti, J. Carlos, *El astillero*, Salvat Editores, S. A., España, 1971, p. 67.

pertinaz que, toda su vida, la ha vivido acariciando dos sueños, “realizar dos perfecciones: una mujer perfecta, un prostíbulo perfecto”.¹⁴ Y es consciente de su fuerza y congruente con los sacrificios que le impone la vida, para la realización de sus sueños: “Entonces conoció a María Bonita y estuvo seguro de que la realización de los ideales depende del grado de renunciamiento de que seamos capaces.”¹⁵

Personajes como el mismo Díaz Grey, como Jorge o, como Julita, que nos parecen en esta novela más vivos, menos atormentados y, si Jorge huye de su adolescencia y de su geografía; si Díaz Grey siente (“con tanta INTENSIDAD, como cinco años atrás”), la tentación del suicidio; si, finalmente, Julita lo realiza, es porque, cada uno de ellos tiene necesariamente que cumplir con la fatalidad de su destino.

Pero no lancemos demasiado alto las campanas al vuelo, todavía no sabemos lo que Onetti nos tenga reservado para el futuro; lo único cierto es que si Brausen se salvó en *La vida breve* inventando a Díaz Grey, Díaz Grey se salva en *Juntacadáveres*, inventando a Díaz Grey (“voy afirmando a cabezadas —piensa D. G.— mi convicción de que entre todos los Díaz Grey que hubieran sido posibles, el más deseable, el más conveniente, el menos acuciado por sensaciones de fracaso, renuncia y mutilación, es aquel desconocido Díaz Grey capaz de conquistar otro aire”),¹⁶ dirigiendo y presenciando su propio fracaso, que es el fracaso de Larsen. Pero, ¿cómo se salva Onetti? Hasta ahora la ha hecho muy bien: escribiendo, amando a sus personajes y siendo amado por ellos; creándolos, soñándolos y siendo soñado por ellos. Vive en ellos como ellos viven en él; pues, como reflexiona Onetti-Díaz Grey:

“Cuando el desánimo debilita mis ganas de escribir —y pienso que hay en esta tarea algo de deber, algo de salvación— prefiero recurrir al juego que consiste en suponer que nunca hubo una Santa María, ni esa colonia, ni ese río.

Así, IMAGINANDO QUE INVENTO TODO LO QUE ESCRIBO, las cosas adquieren un sentido, inexplicable, es cierto, pero del cual SOLO PODRIA DUDAR SI DUDARA SIMULTANEAMENTE DE MI PROPIA EXISTENCIA.”¹⁷

Y, por ahora, sólo nos resta esperar su próximo libro; su próxima interrogante sobre la aventura del hombre caído.

¹⁴ Onetti, J. Carlos, *Juntacadáveres*, ed. cit., p. 184.

¹⁵ Onetti, J. Carlos, *Juntacadáveres*, ed. cit., p. 124.

¹⁶ Onetti, J. Carlos, *Juntacadáveres*, ed. cit., p. 99.

¹⁷ Onetti, J. Carlos, *Juntacadáveres*, ed. cit., p. 172.